

EDICIÓN CONMEMORATIVA DEL
OCTOGÉSIMO SÉPTIMO ANIVERSARIO
DEL PROFESOR Y CONSTITUCIONALISTA

CARLOS RESTREPO PIEDRAHITA

Es un personaje y no lo disimula

REPORTAJE CON
CARLOS RESTREPO PIEDRAHITA

Por Miguel Méndez Camacho



EDICIONES
UNIVERSIDAD
EXTERNADO DE COLOMBIA
M M I I I

Primera edición, abril de 2003

© Universidad Externado de Colombia

Calle 12 n.º 0-46 Este, Bogotá, Colombia. Fax 342 4948

www.uexternado.edu.co

Diseñado e impreso en los talleres editoriales de la
Universidad Externado de Colombia

ISBN 958-616-713-5

CONTENIDO

Dignidades y oficios	10
Eran tiempos difíciles	12
Gaitán como líder era subyugante	18
De rublos, dictadura y política	21
Hagamos cuentas	30
Los lugares comunes	35
Impertinencias y curiosidades	38
Confesiones e indulgencias	43
Testimonio gráfico	49

CC BY-NC-ND 4.0 International license

CONTRADICE su edad y su escasa visión caminando altanero por los escalonados vericuetos del Externado de Colombia, un bosque que cosecha estudiantes, recostado al cerro Guadalupe. Sube y baja, elegante y solemne, lanzando con firmeza el bastón como anunciándose, porque lo usa de pregón y no de apoyo, orgulloso de no trastabillar.

Camina sin saludar a nadie y sin que nadie lo salude, ensimismado en el paisaje del que se siente jardinero mayor, y al que debe mirar con la memoria. Nadie sabe qué sentimiento anima a los profesores y estudiantes que lo ven pasar indiferente: ¿Antipatía? ¿Gratitud? ¿Rencor? ¿Admiración? Se está con él o contra él, porque ese ha sido su talante: moverse independiente de la galería. Ni los años ni los ojos opacos le impiden caminar y pensar como le gusta: derecho, de frente y sin vacilaciones.

Cometió la imprudencia de cumplir 87 años. No usa anteojos ni sombrero, pero parece que los llevara puestos por la arrogancia de su cabeza levantada. Lleva el vestido como recién planchado y luce corbatín, que es el tono barroco de su indumentaria. Usa las camisas y la cintura lisas, sin arrugas ni excesos, porque el peso ideal para sus 1.74 de estatura son setenta kilos, *flat*. Es vanidoso. Cuida su imagen como cuida su voz y las palabras: el tono justo, el silencio medido y el adjetivo indispensable. Es un personaje y no lo disimula.

Lo interrumpo cuando se dirige apresurado al auditorio de la Universidad a dictar su clase de historia constitucional

colombiana, para pedirle el reportaje. Acostumbra salir siete minutos antes, el tiempo justo para bajar cinco pisos, atravesar un largo corredor y un pequeño jardín. Desciende rozando apenas el pasamanos de las escaleras y negándose el brazo de la bella asistente que sonrío mientras le lleva el paso, como diciendo: “y miren con quien voy”. Es ella quien sugiere que se apuren porque van retrasados, y es a las once en punto que comienza la clase, hayan llegado o no estudiantes.

No quise preguntarle cuántos alumnos tiene, pero empezó la clase con 22 desperdigados por las graderías, hacia donde miró con displicente protocolo. Formé parte del pequeño auditorio que minutos después tenía 45 adolescentes y a las doce meridiano alcanzó su mayor sintonía con 83 apuntadores. No hubo interrupciones ni preguntas y ni un solo minuto malgastado, porque no llamó a lista y cuando citó algún artículo de las Constituciones su asistente lo leyó de inmediato, porque lo llevaba señalado. Ese cambio de voces fue el recreo para las manos fatigadas de seguir el discurso, que fue ameno y didáctico. Lo escuché incrédulo de la aparente brevedad de su monólogo, sobre la persecución del radicalismo liberal patrocinada por Rafael Núñez, un exliberal converso, y Miguel Antonio Caro, un teólogo político, por quienes siente una especial antipatía. En su brillante exposición el profesor Restrepo Piedrahita hizo un juicio histórico implacable, sin titubeos ni fatigas, sin consultar apuntes ni refugiarse en citas o repeticiones. Habló casi dos horas como si

leyera, satisfecho de su alegato convincente que hilvana fechas con nombres para coser sucesos con anécdotas; como las perversas referencias al voto de castidad que negociara Ramón González Valencia ante el nuncio apostólico, por la renuncia a la Vicepresidencia; la ley de los caballos de la regeneración de 1888, o el sello de caucho con que firmaba los decretos el anciano doctor Sanclemente, cuando ser liberal era pecado. Ninguno de los 67 estudiantes que me acompañaban al final se acercó a saludarlo o consultarlo. Lo conocen y saben que las dudas se resuelven leyendo los apuntes, la jurisprudencia, la doctrina y las Constituciones.

Cuando me aproximo a su tribuna sonrío complacido de haber tenido un discípulo más. No responde si acepta la entrevista, pero empieza a comportarse con los ademanes y las expresiones de un personaje en trance de retrato, que quisiera mostrarse fotogénico.

Dignidades y oficios

Su hoja de vida es diferente a otras en la medida en que se le parece, porque ha sido distinto su periplo vital. Por eso se permite incluir referencias de menor importancia, como haber sido maestro de escuela en el Quindío, que menciona orgulloso junto a las dignidades de embajador en Alemania e Italia y ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, el gobierno de Estados Unidos o la Conferencia en Viena de la ONU, por ser también maestro, pero en derecho público. Igual sucede con su modesto empleo de inspector de trabajo del que se envanece como de haber sido consejero de Estado, senador de la República, conjuer de la Corte Constitucional y de la Corte Electoral, consejero presidencial, miembro de, participante en, ponente de, conferencista sobre, y etc. etc.

El desenfado para contar que fue gerente de un desconocido periódico del Ecuador es idéntico al utilizado para relacionar los veinte libros publicados que acreditan su trayectoria de profesor, investigador e historiador en el ámbito hispanoamericano. Con decir que es doctor en derecho del Externado de Colombia desde el 47, donde ha estado encargado dos años de la rectoría, dirigió doce años el Departamento de Derecho Público, y es profesor desde hace cuatro décadas, sobraría contar que su cartón de bachiller se lo dieron en Quito, en 1935, a donde regresó exiliado durante la dictadura de Rojas Pinilla, del 54

al 58; y lo menciona como si fuera otra medalla, otra cruz de honor entre sus numerosas condecoraciones.

Además, insiste en registrar dignidades de mejor familia con otras más humildes: qué importa que haya sido miembro de la Casa de la Cultura Ecuatoriana si continúa siéndolo de la Academia Colombiana de Historia, la Comisión Andina de Juristas y la Corte Permanente de Arbitraje de La Haya. En su estricto sentido del orden y de la vanidad, o al revés, cada distinción ocupa el sitio que le corresponde y en cierta forma explica la siguiente.

Ya estaba dicho: su hoja de vida es el espejo donde se reconoce.

Eran tiempos difíciles

“Tenía siete años cuando mi padre me llevó a ver volar sobre Manizales un monomotor, que todavía estoy viendo planear cerca de esos cerros. Es de mis emociones más antiguas. Al final del espectáculo cuando le dije a mi papá que quería ser aviador, me contestó, en tono de regaño, que era un oficio que no me aconsejaba por peligroso; que era preferible estudiar, porque ese capital no se perdía jamás. Mi padre era de origen campesino y había sido minero, pero no propietario de minas, sino obrero. Poco a poco fue levantándose económicamente y tuvo una tienda y alcanzó a comprar un terreno alledaño a la casa, de una hectárea, donde construyó cuatro casas de guadua con pisos de madera. Eso fue en 1928, yo tenía doce años, y empezaba la crisis económica mundial de los años treinta. Mi padre, que estaba muy endeudado, quiebra, da en pago lo que tiene, nos trasladamos a Calarcá y papá desaparece. Cuando entré a la escuela, de cinco años, ya sabía leer y escribir y las cuatro operaciones, que me había enseñado él, una persona elemental pero con inquietudes; su biblioteca tenía unos cincuenta libros. Una nochebuena, antes de irse, me regaló los cuatro tomos de las *Vidas paralelas* de Plutarco, que mi mamá tuvo que vender, junto con los pocos muebles y enseres, cuando mi padre apareció en Ipiales y nos mandó razón para que fuéramos a buscarlo. Ese es quizás el momento más terrible de mi vida. No puedo evocarlo sin que el espíritu se me conmueva. Fue doloroso

y triste el viaje hasta el Diviso, donde llegaba el tren de Tumaco y donde papá nos esperaba con seis mulas, para trepar y cruzar el volcán nevado de Cumbal y llegar a Ipiales. Es un recuerdo trágico, porque a mamá no le alcanzaba el dinero para pagar las mulas y tuvimos que hacer el viaje a pie, que duró cuatro días, con los pies ensangrentados dentro de las alpargatas, durmiendo a la intemperie en los nidos de los perros, sin nada que comer. Éramos cuatro hermanos, dos mujeres, y el mayor era yo”.

¿Qué hacía en Ipiales su papá?

Era peluquero, de tres centavos corte de pelo y de cinco centavos, pelo y barba. Aguantábamos hambre. Estudié un tiempo en el Colegio Sucre, de Ipiales, y a finales del 32 entré al Instituto Nacional Mejía de Quito.

¿Qué recuerdos le quedan de esa época?

Me sucedieron cosas importantes, como por ejemplo, confrontar mi formación religiosa, de rosario diario, con la enseñanza laica en un colegio mixto. El haber ganado mención de honor en un concurso de poesía sobre Quito, con motivo del IV centenario de su fundación, durante la primera presidencia de Velasco Ibarra. Recibí de premio los cinco volúmenes de la *Historia del Ecuador* del arzobispo González Suárez y cien sucres que me regaló el embajador de Colombia, Pedro Juan Navarro. Yo vivía con cuarenta sucres mensuales y estaba indocumentado.

Imagínese la celebración con aguardiente. En Quito me vuelvo parrandero y ateo. Terminé el bachillerato en 1935 y regresé a Ipiales donde mi padre trabajaba como gendarme de aduanas, un cargo que desempeñé reemplazándolo en las vacaciones del 33 y el 34. A medianoche perseguíamos y emboscábamos a los contrabandistas.

No me ha hablado de novias.

Tenía miedo de que me rechazaran, porque además de ser pobre me sentía feo y era tímido. Recuerdo a una mujer bellísima de quien me enamoré pero nunca se lo dije. Todavía me arrepiento de esa cobardía.

¿De qué otra cosa se arrepiente?

De tenerle miedo a mi padre, que era un hombre autoritario y cruel, cuando se disgustaba. Me arrepiento de no haberlo enfrentado cuando castigaba brutalmente a mi hermano menor. Mi hermana sí lo hizo. Eso me duele mucho.

¿Qué hizo al regresar de Quito?

Trabajé en varias cosas, de maestro de escuela, de escribiente en una inspección de policía, con uniforme, revólver y gorra. Una de mis funciones era llevar el control higiénico de las putas, revisar su certificado médico. Entenderá por qué nos hicimos amigos. Recibía denuncias por peleas domésticas y riñas

callejeras. Mi placa de policía era 447 y así titulé mi primer cuento: “El caso y los casos del agente 447”.

¿Alguna vez utilizó el revólver?

De policía nunca. En Armenia, varios años después, cuando dirigía un radionoticiero, tuve que pegarle un tiro a un bandido que quería silenciarme.

Cuénteme, por favor.

El radioperiódico lo dirigía José Jaramillo Giraldo en Armenia, y yo escribía y leía el editorial. Estábamos enfrentados a un cacique del Quindío, Barrera Uribe, que terminó preso por el asesinato de un periodista. Al mediodía, al entrar a la emisora, se me abalanzó un enruanado que hizo el ademán de dispararme y me le adelanté y le pegué un tiro; al tipo lo detuvieron porque estaba armado y era un matón reconocido. El tiro le entró por un costado y le salió por el otro, superficialmente, sin afectarle ningún órgano vital, nada grave. Yo me metí a la cabina para hacer un noticiero incendiario, denunciando el atropello. Al terminar me sacaron en hombros, como a un torero. Eso fue un escándalo político que a mí me sirvió de recomendación para que me dieran el puesto de secretario privado del contralor de la República con doscientos pesos de sueldo. Fue cuando me matriculé en derecho de la Universidad Nacional. Al segundo año me pasé al Externado que quedaba en la terraza Pasteur de la carrera séptima con calle 24.

*¿Cambió de universidad por cercanías
políticas o geográficas?*

Por ambas, por ser radical y porque me quedaba más cerquita al trabajo en el Ministerio. Hablo de 1941. Yo había intentado vivir en Bogotá en el 37 para entrar a la universidad, pero no conseguí puesto y me tocó regresar al Quindío a trabajar en el radioperiódico donde en dos años ahorré \$500, una fortuna, porque aquí la pensión me costaba \$20 mensuales.

Regresemos a su padre, ¿cómo seguían esas relaciones?

Conflictivas y duras, yo le escribía unas cartas muy críticas; lo cuestionaba agresivamente. Personalmente nos entendíamos mejor, porque era más comprensivo; me regañaba, pero me estimulaba, me reconocía méritos.

¿No le guarda rencor?

Carezco en absoluto de resentimientos. No odio a nadie. Pero temperamentalmente tengo alinderadas mis distancias.

¿No se ha sentido odiado?

Sí, en la escuela una monja me odiaba. Una vez me pasó al tablero y como no supe responder me dejó castigado en el recreo, solo en un salón inmenso donde hacía mucho frío, y me puse a temblar y me oriné. Al regresar la monja me humilló y me ridiculizó: me hizo traer un trapo y limpiar el piso de rodillas. Ese

recuerdo me duele todavía. María Albertina se llamaba la hermana. Treinta años después, estando muy anciana, cuando leía la Biblia en el tercer piso de un convento en construcción, no se dio cuenta de que faltaba una baranda, se cayó y se mató. Ese recuerdo, en cambio, no me duele.

Gaitán como líder era subyugante

Como si el reportaje fuera una partida que no quiere perder, Restrepo Piedrahita va sacando los ases de la manga. Comienza por la carta marcada con la firma del ministro del Trabajo que lo confundió con un burócrata y amenazó votarlo por incumplido, por irresponsable. Y sin buscar padrinos o recomendaciones, echando humo redactó su renuncia, justificando sus llegadas tarde por estar estudiando, y explicando que las compensaba en horas extras. El alegato concluía afirmando que ser pobre no le impedía ser honrado. Moisés Prieto, el ministro, tuvo la gentileza de presentar disculpas. Y ese es el comprobante de su primera rebeldía oficial, la constancia de saber conjugar el verbo prohibido de los empleados públicos (cuando leí la carta me quedé pensando: si regañó a un ministro siendo un pobre inspector, ¿qué no habrá hecho después, importante, solvente y prestigioso? Prefiero no saberlo, porque circula la leyenda de sus apocalípticos sermones y de haber visto salir de su oficina a estudiantes, doctores y doctoras con los ojos lluviosos).

Otro as que exhibe es el informe de cincuenta páginas que le escribió a Gaitán, cuando siendo ministro del Trabajo lo delegó a las caucheras del Guaviare a lidiar un problema de peones enfermos que amenazaban paro. Después del largo viaje por la selva, en avión y por río, consideró ese informe importantísimo, pero el ministro no pensó lo mismo. “Yo no tengo tiempo para

leerme todo eso –respondió Gaitán– hágame un resumen”. Aprendió la lección y en los siguientes viajes por el río Magdalena, en compañía del caudillo, se limitó a escucharlo y admirarlo seduciendo a los trabajadores de cualquier partido. Los rojos, los azules y los indiferentes caían cautivados por su verbo encendido. “Gaitán como líder era subyugante, tuvieron que matarlo para detenerlo”.

Entendemos por qué el 9 de abril fue inevitable que Carlos Restrepo Piedrahita se metiera en problemas. “Yo era subdirector de *El Liberal*, intenté ir hasta el periódico, pero todo era anarquía, barbarie, saqueo, borrachera. Me encontré con Gerardo Molina, con Jorge Zalamea, Adán Arriaga Andrade y Antonio García. Como desconocíamos el lugar donde estaba el maestro Echandía, conformamos un comité para tratar de imponer orden. Yo era el vocero del comité y nos tomamos una emisora liberal en la séptima entre calles 16 y 17 para hacer llamados a la cordura; pero fue inútil, a ese desastre no lo paraba nadie. Los godos nos decían nueveabrileros como sinónimo de comunistas y además nos culpaban del asesinato de Gaitán”.

Confiesa que trabajar con el caudillo le enseñó muchas cosas, pero que no lo apoyó cuando decidió lanzarse como candidato, porque le parecía inconsistente su programa económico y demagógico su proyecto político. En 1945 lo nombraron jefe de la Oficina de Trabajo; había terminado estudios, pero le faltaba el grado. Recuerda la debilidad que sentía Gaitán por los

automóviles, y la fiebre que no podía ocultar por conducirlos, quizá porque la pobreza le negaba ese goce. Cuando el lujoso coche ministerial salía de Bogotá, Gaitán se colocaba al volante con una alegría casi colegial, me cuenta con una sonrisa de complicidad.

Otro asunto que lo envanece mucho, como su cercanía con Gaitán, es haberse tuteado con seis presidentes de la República, que enumera orgulloso: Guillermo León Valencia, Alfonso López Michelsen, Misael Pastrana Borrero, Belisario Betancur, Virgilio Barco y Andrés Pastrana Arango.

De rublos, dictadura y política

*¿Qué hizo para que lo nombraran
consejero económico en Moscú?*

Cuando renuncia López Pumarejo a la Presidencia, Lleras Camargo, designado por el Congreso, se posesiona para sucederlo el 7 de agosto del 45 y nombra tres ministros conservadores, entre ellos en Relaciones Exteriores a Fernando Londoño y Londoño. Yo quería viajar al exterior a especializarme en derecho administrativo y recurrí a dos amigos caldenses, José Jaramillo Giraldo, el director del noticiero donde me quisieron matar, y Silvio Villegas, que como director de *La Patria* en Manizales me permitía colaborar en la página literaria; incluso publicó apartes de mi novela *Quindío asesino*. Como escribía versos, un cronista antioqueño, Juan Roca Lemus, Rubayata, llegó a calificarme como el poeta quindiano de la revolución. Con esas palancas y un cierto prestigio como liberal de izquierda, me nombraron en la legación colombiana ante la Unión Soviética (cuando le cuento que Rubayata fue el padre de Juan Manuel Roca, un poeta mayor, me promete leerlo, pensando quizá en devolverle la atención a su progenitor, una generación más tarde).

*¿Dónde aprendió ruso, para desempeñarse como
consejero económico en Rusia?*

En Nueva York, durante los seis meses que duré esperando

un barco de carga que me llevara a Moscú. Estudié de finales del 45 a mayo del 46, tres horas diarias con una emigrada rusa. El carguero gastó un mes por el Mediterráneo hasta Odesa y de allí a Moscú en tren durante cuatro días con sus noches. Uno de los tripulantes era ruso y con él seguí practicando.

¿Qué impresión le causó la Rusia de posguerra?

El panorama era desolador, el tren era lentísimo y no tenía estaciones, los puentes también estaban destruidos y había que hacer transbordos. Se veía el hambre, la miseria. En Moscú la situación era menos dramática, yo devengaba un sueldo de 800 dólares, a un cambio oficial de cinco rublos por dólar, pero pronto descubrí que en el mercado negro pagaban ochenta a uno y que si viajaba a Helsinki a hacer las compras daban doscientos rublos por dólar. Esas ventajas de la posguerra nos permitían a los diplomáticos llevar una vida muy cómoda. Yo la aproveché en todos los sentidos, me compré un hermoso samovar, tuve muchas amigas y estudié economía. Hice un informe sobre planificación soviética y al regresar, en el 47, Gerardo Molina me nombró profesor de economía política de la Universidad Nacional, cuando los conservadores habían vuelto al poder, a perseguir liberales. Ocurre el asesinato de Gaitán, Carlos Lleras asume la jefatura del partido en 1949 y me nombra subdirector de la Junta Liberal de Bogotá. Era un hombre valiente Carlos Lleras. En el primer aniversario de la muerte del caudillo me llevó a colocar una

corona en la estatua que le habían levantado en el barrio con su nombre. Terminamos ocultos en una pesebrera donde estaba escondida la Junta Liberal, y yo leí un discurso ante no más de veinte personas asustadas. La violencia era en serio. Todavía siento miedo.

¿Cómo era Carlos Lleras Restrepo?

Una persona excepcional, un estadista en el mejor sentido del término, entendía al país con sus problemas, como pocos. Lo conocí en la época trágica para el liberalismo después del asesinato de Gaitán, cuando tuvo la valentía de asumir la dirección de un partido en estampida. De los presidentes que he conocido era el más ordenado mentalmente. Llevaba el Estado en la sangre.

¿Era dogmático?

No. Aceptaba que se le contradijera siempre y cuando se le demostrara la validez del argumento. Pero era autoritario, eminentemente autoritario, con una particularidad: que ejercía un autoritarismo eficaz; recuerde la noche en que por televisión mandó a dormir temprano a todos los colombianos. Era muy malgeniado, cuando se ponía bravo se emberracaba de verdad; sonreía poco y reía menos, tenía poco sentido del humor.

¿Colaboró en su campaña presidencial?

Sí. En 1964, cuando empezó a diseñar su campaña para el

período presidencial del 66 al 70, me llamó para pedirme que le colaborara como secretario general de su campaña, pero en silencio hasta cuando se hiciera el lanzamiento formal de su candidatura. Por esa época me eligen consejero de Estado, junto con Vargas Rubiano, para llenar dos vacantes liberales en el régimen del Frente Nacional. Lleras llamó a felicitarme y le dije que estaba dispuesto a correr los riesgos de su elección y que no aceptaba esa honrosa e importante designación; el cargo de consejero de Estado era entonces vitalicio. Me agradeció mucho ese gesto y seguimos trabajando en compañía de Alberto Lleras Camargo en la jefatura de la campaña.

¿Fue dura la contienda?

A pesar del Frente Nacional la candidatura de Lleras Restrepo no fue fácil, porque le producía miedo a los conservadores, que no le perdonaban que en la época de la violencia les prohibió a los liberales saludarlos. En Antioquia tenía una fuerte oposición encabezada por la Iglesia, por monseñor Builes, que preconizaba que ser liberal era pecado. De esa época hay una anécdota que pocos conocen, cuando el candidato viajó a Medellín a tratar de mejorar sus relaciones con monseñor Builes en busca de su respaldo. Nos la contó en secreto a Jaime Posada y a mí. Monseñor lo recibió en casa de una pariente suya y se sentaron en unas mecedoras para el interrogatorio que le hizo sobre sus creencias, la religión, el clero, el partido comunista, etc.,

y concluir con la preocupante observación de que en sus discursos nunca le había escuchado mencionar la providencia divina, ni solicitar el amparo de Dios. Carlos Lleras entendió el mensaje y prometió hacerlo en el lanzamiento de su candidatura en Antioquia. Monseñor Builes se levantó entonces y lo bendijo diciéndole: que el triunfo sea con vos, hijo mío, que la victoria sea con vos, hijo mío.

Si París valía una misa para Enrique IV, ¿por qué no una invocación divina para alcanzar la presidencia?

Sí, esa anécdota muestra la habilidad política de Lleras y el poder infinito que tenían los curas en el país, sobre todo en Antioquia. Con el respaldo de la curia la candidatura liberal se consolidó sin mayores obstáculos.

¿Qué premio le dio Lleras Restrepo?

No me nombró en su gabinete, pero me eligió a dedo candidato a una curul de senador por el Quindío; dignidad que alcancé sin pronunciar un solo discurso. Como senador me encomendó la presentación y defensa de su reforma constitucional, un ejercicio político que me envanece mucho. En gratitud a mi buena gestión parlamentaria, el Presidente me nombró embajador en Alemania y estuve allí del 66 al 72. Antes había estado allí como ministro consejero económico del 59 al 62.

Algunos le critican su distanciamiento con Carlos Lleras y su cercanía con Julio Cesar Turbay, a quien consideran un gobernante nefasto para las libertades individuales que usted preconiza. ¿Cuál es su explicación?

Mi “distanciamiento” no fue de la persona del expresidente Lleras Restrepo sino de su empeño en ser Presidente una vez más. Los liberales tuvimos que deplorar la segunda Presidencia del grande compatriota, doctor Alfonso López Pumarejo. Tampoco fui adicto al intento similar de Alfonso López Michelsen. Y prueba inequívoca de que no hubo distanciamientos ulteriores es la fotografía –expuesta en la sala del Instituto de Estudios Constitucionales “Carlos Restrepo Piedrahita”– tomada en Roma con el primero de ellos cuando yo ejercía allí el oficio de embajador en el 85, y el segundo siempre me ha exaltado públicamente al afirmar que hoy soy su Maestro.

¿Cuáles son sus personajes colombianos?

Para mí la figura cenital del siglo XX es Alfonso López Pumarejo, y junto a él el maestro Darío Echandía, la eminencia moral de la historia colombiana. En el partido conservador, mi tocayo Carlos E. Restrepo. Agrego la de Francisco de Paula Santander, nuestro auténtico Padre de la Patria.

¿López Michelsen, Turbay, Barco?

Barco fue el último auténtico liberal que tuvimos. Turbay,

un político innato con una prodigiosa inteligencia y un sincero sentido de la amistad. López Michelsen, riquísima erudición, con vocación humanista, que quisiera ser recordado como hombre de letras, experto en literaturas francesa e inglesa, en poesía, en cine, en pintura. En política, agudamente dialéctico.

¿Cómo hizo para saltar del exilio político en Ecuador al dorado exilio diplomático en Alemania?

La afortunada circunstancia de que finalizada la dictadura de Rojas, Julio César Turbay pasa por Quito en su condición de canciller y cuando voy a visitarlo me ofrece la dirección de la oficina jurídica del Ministerio de Relaciones Exteriores. Al agradecerle, le digo que mis sueños están un poco más lejanos, en Alemania, así fuera como estibador en Hamburgo; él sonrío diciendo que algo debe haber disponible allá. No me promete nada, pero a los ocho días recibo un cable con el decreto que me nombra ministro consejero en Alemania, donde duré tres brevísimos años. Así es Turbay. Regreso en 1963 y me nombran profesor de derecho constitucional en el Externado, donde el maestro Ricardo Hinestrosa me había distinguido como alumno y tenía afinidades políticas con Fernando Hinestrosa, mi hermano espiritual. También conocía a Manuel Cubides, admirable secretario general de la Universidad.

¿Por qué salió corriendo cuando la dictadura de Rojas?

Porque me querían matar. Me persiguieron descaradamente, me allanaron la casa y la oficina, y como tenía fama de comunista me amenazaron hasta hacerme la vida imposible. Perdí todos los poderes que tenía como litigante laboralista y tuve que vender lo que tenía: una casita cerca a donde queda el Hospital Militar y un Volkswagen que me había costado \$5.000; eso en 1954 era una fortuna. Pero los aires eran ya infestados por la dogmática doctrina de la guerra fría. El Ecuador me abrió sus brazos y me salvó.

¿Se desquitó de Rojas cuando se restableció la democracia?

No, y lo más curioso es que siendo senador junto con su hija María Eugenia, el Tribunal de Bogotá resolvió restituirle los derechos políticos al general. Fue un escándalo terrible en la plenaria del Senado, donde en contra de lo previsible respaldé la actitud del Tribunal dentro de mi concepción liberal. Sostuve que cuando se trata de derechos para la libertad se impone acatar el principio *in dubbi pro libertas*. Desde entonces con María Eugenia hemos mantenido una cordial relación; tengo de ella el más alto concepto.

¿Desde cuándo se jacta de ser ateo?

No me jacto, soy respetuoso de todas las creencias, sin

practicar ninguna; defiende las libertades religiosas, de conciencia y de cultos. Fue en Quito, terminando bachillerato, cuando siento que no me conmueve la idea de la divinidad. En una discusión de colegiales, algún amigo irreverente me lanzó una pregunta que me dejó pensando: “¿Oye Restrepo, tú todavía crees en Dios?”. Yo respondí que no; fue la primera vez que lo dije. Recuerdo también que cuando trataba de argumentar sobre la no existencia de Dios dije con altanería: ¿Y quién es Dios? La señora dueña de la pensión (estoy viéndola) puso sus brazos en jarra, se me vino encima y me increpó: sepa usted, mi estimado señor, que Dios no es ningún pendejo.

Hagamos cuentas

¿Qué le debe al país y el país que le debe?

Carezco del sentimiento de acreedor de mi país, porque de mis compatriotas colombianos –y además ecuatorianos y en alguna manera también alemanes– yo recibí ayuda y estímulo para mi formación y después para mi desempeño profesional. En primer plano de beneficio, estímulo y afecto sitúo a los dos rectores del Externado y a mis cordiales amigos docentes.

¿Su talante estricto y selecto se forjó en Alemania? ¿Nace allí su fervor por la música clásica, por la filosofía, por la puntualidad, por la disciplina y el rigor?

Mi “talante”, disposición de ánimo, me parece que comienza a insinuarse desde temprana edad hacia el idioma alemán. Ya en Quito como estudiante de bachillerato pude leer *Así habló Zaratustra*, y cuando a Bogotá pude venir en 1939 para estudiar derecho, desde el primer año me matriculé en clase de alemán. Todavía lo más sustancial de mis lecturas es en ese idioma. Recibo semanalmente el gran semanario *Der Spiegel* (El Espejo) y la edición dominical del diario suizo *Neue Zürcher Zeitung* (registrado desde hace 224 años). Viene siempre con seis páginas (sin avisos) de suplemento cultural con el título “Literatur und Kunst” (Literatura y Arte).

De lo que pudiera llamarse el temperamento alemán, mi estancia de varios años y en diversas ocasiones me proporcionó ciertos recursos psicológicos. Por ejemplo: la puntualidad. Desde la infancia le enseñan la puntualidad a los niños, que es la cortesía de los reyes, como dijera Federico II de Prusia.

¿Por qué se marginó de la Constituyente del 91, siendo que recoge varias iniciativas tuyas?

Como para la Constituyente de 1991 se convocó por vía electoral, me abstuve tranquilamente de salir a la conquista de electores. Para mí, intelectualmente, bastaba mi actividad, esa sí múltiple, de los años anteriores como miembro que fui de diversas comisiones preparatorias de sucesivas reformas constitucionales, como la encabezada por el maestro Echandía en 1976 –77, luego la que designó el presidente Turbay, más adelante la que me encomendó personalmente el presidente Barco. Se ha reconocido por personas importantes que todo lo que contiene la de 1991 en su área dogmática ya había sido parte de un proyecto que me encomendó el presidente Barco. Olvidaba mencionar que en el Senado fui ponente –defensor– del proyecto que devino la reforma constitucional de 1968.

Dicen que por un exceso de autocrítica no ha escrito su teoría del Estado.

Mi plan de desarrollo bibliográfico se desmoronó,

trágicamente, con la pérdida de mi capacidad visual. El orden de mi labor de 1998 a 1999 era desarrollar el tema *Evolución político-institucional de Colombia en el siglo XX*, y la segunda edición prolijamente aumentada de *Constituyentes y constitucionalistas colombianos del siglo XIX*. Para mi último propósito editorial quedaba la *Teoría del Estado Colombiano* para la cual ya había formulado por escrito y hecho público el tema inicial “Las células originarias del Estado colombiano”. ¿Pudiera pedirle a usted el gran homenaje de permitirme subsistir cuatro años más para lo que acabo de relatarle?

Algunos constitucionalistas no entienden por qué su simpatía por el presidencialismo, evidente en la reforma de 1968.

Esos “constitucionalistas” o no saben o han olvidado que el Estado intervencionista expandido por todo el mundo después de la primera Guerra Mundial devino ultra-ejecutivista, con demérito de la rama legislativa. En la dinámica del Estado contemporáneo se ha producido el desplazamiento de la función legislativa hacia el Ejecutivo, acrecentando la función del control político en el Congreso Nacional. En muchos escritos míos me he ocupado de este fenómeno.

Le reconocen haber superado muchas dificultades, pero lo acusan de haber envejecido autoritario y palaciego.

¿“Envejecimiento autoritario”? Lo único de que tengo prueba es la queja de un exalumno de derecho constitucional, no de que lo “rajé” sino que “se rajó”. Nunca me ha querido informar quién le dio la mano después para que aprobara. Le repito la respuesta a su primera pregunta. Y ¿“palaciego”? No saben qué es eso en correcto español.

¿Es cierto que considera que los investigadores no deberían casarse?

Es absolutamente falso.

¿El Instituto de Estudios Constitucionales que lleva su nombre es una jaula de oro, inaccesible y reservada?

El Instituto no se fundó con finalidad de biblioteca abierta a cualesquiera lectores. Es exclusivamente para investigadores en el área de derecho constitucional universal. Sin embargo, a estudiantes externadistas que elaboran tesis de grado en ese campo se les autoriza el ingreso con el único requisito de presentar una nota escrita del profesor director de la tesis.

Muchos discípulos se quejan de que no se deja querer.

Que le pregunten a los que presuntamente sí lo han logrado, porque es sin “cuota inicial”.

Tenemos varios temas pendientes, ¿hay alguno del que prefiera hablarme?

Sí, de los doctorados en derecho público.

Cuénteme...

A partir de tercer año los estudiantes que traen una nota con promedio mínimo de cuatro son nombrados monitores y trabajan conmigo. En tercero empiezan a estudiar idiomas, porque nuestros candidatos a doctorado deben conocer tres idiomas extranjeros. La Universidad les paga este aprendizaje; quien pierde idiomas o el promedio sale del programa. Allí aprenden a investigar, a leer, a consultar, etc., y conforman el listado de aspirantes a becarios para estudiar en Europa. Actualmente tenemos cinco doctores en derecho constitucional y otros cuatro en Madrid terminando su doctorado. Mi asistente y otra chica más han hecho una maestría y han viajado a España y Alemania para iniciar su doctorado. Tenemos auténticos doctores en derecho constitucional. En adelante tendremos muchos más, porque además el Externado tiene aprobado el único doctorado en derecho en el país. La Facultad de Derecho está ahora acreditada por nueve años, el máximo que concede el Ministerio de Educación.

Los lugares comunes

Malicioso y sonriente responde el interrogatorio en tres espacios diferentes, que comparten el lugar común de tener grandes bibliotecas: su oficina de la Universidad, el apartamento 1103 junto a los puentes de la 26, y el Instituto de Estudios Constitucionales que lleva su nombre, en la doce con tercera, donde amarraron por la espalda dos casas republicanas de La Candelaria. Fueron los espacios donde le tomé el dictado; porque, al igual que en clase, escucharlo recomienda escribir para no cometer imprecisiones. Tiene un tono docente.

Parece innecesario repetir que los libros son en su vida otro lugar común, en el otro sentido de asunto repetido o tema recurrente; preferible es contar por qué esos libros ya no le pertenecen. Sucede que los 22.000 volúmenes comprados en distintos viajes y países los donó al Instituto Carlos Restrepo Piedrahita (tuve la tentación de preguntarle si algunos no olvidó pagar o devolver, por desmemoria, penuria o travesura, pero no quise indisponerlo). Los otros libros, los que no lucen clasificados y ordenados en los anaqueles de esa voluminosa biblioteca, incomodan, estacionarios o ambulantes, en estantes abiertos o cerrados, sobre sillas y mesas de su oficina, o de su apartamento, donde cubren la alfombra, engrosan las paredes e invaden la cocina. Si no fuera antiestético, hubiera puesto libros en lugar de cortinas sobre los ventanales, negándose el paisaje, que junto con

la música, pocos muebles y su angosta cama de soltero, constituyen su estancia. Esa bibliografía de adquisiciones posteriores a su donación, la escogió, paciente y riguroso, en librerías de Europa, New York, Méjico o Buenos Aires, con el presupuesto que destinó el rector Fernando Hinestrosa para conservar actualizada esa exigente colección, en los seis idiomas que dominan ambos (inglés, francés, alemán, italiano, portugués y español, y algo de ruso que los dos entienden). Son diez mil volúmenes adicionales que esperan que el Instituto de Estudios Constitucionales crezca, ampliándose. Ese proyecto lo imagina cumplido, al igual que los libros que prepara a fuego lento y alcanzarán sazón, mínimo en cuatro años. Ese plazo descarta la peregrina idea de un abandono repentino, porque no tiene tiempo de morirse. Un asunto resuelto con herederos y consigo mismo, cumpliendo lo legal y lo recomendado para sobrevivir en la memoria ajena: que lo superen sus discípulos. En esa tentativa de trascender la ausencia donó también su música, cuadros, tallas, porcelanas, bandejas, condecoraciones y fotografías. Los testimonios de su dorado exilio diplomático y de su rebeldía profesoral con la entrega de sus ficheros personales, 30.000 tarjetas manuscritas para su *Teoría del Estado colombiano*, que nos está debiendo.

La austeridad de su entorno cotidiano se explica al visitar el Instituto Carlos Restrepo Piedrahita donde relucen sus adornos, y tendrán mejor eco las obras completas de Beethoven y Bach, los

favoritos de su valiosa colección de música de mil quinientos títulos. Para que lo recuerden se colgó vestido al óleo en un retrato de Guayasamín, que además le pintó una Quito distinta. Tan personal como las tallas de sus paradigmas alemanes en filosofía, literatura y música, o los cinco volúmenes –siglo XVIII– del autor de *El Príncipe*, *La Vorágine* en ruso, y la irónica compra del libro impreso más pequeño del mundo, con el padrenuestro en ocho idiomas, que no reza en ninguno de ellos desde la adolescencia.

Estos rasgos dibujan el perfil de un solitario que se niega a aceptar que vive solo, de un ateo creyente en la amistad y de un sobreviviente de tres matrimonios que no se reconoce solterón. Acaso un soltero tardío, que oculta en su cara gruñona un agudo sentido del humor.

Impertinencias y curiosidades

¿Qué dolencia o flaqueza le preocupa?

La repentina ceguera que sufrí y a la que me he ido acostumbrando, porque tengo casi perdido el ojo derecho. Duré una semana en la más aterradora oscuridad; fue hace cuatro años, y todavía tiemblo al revivir esa desesperación. He estado en manos de los mejores médicos y todavía no se ponen de acuerdo sobre la causa de mi enfermedad. Leo con lupas, y ahora trabajo con un amplificador de imagen que la Universidad me compró en Nueva York. Otra flaqueza que me agobia es sentir que he ido perdiendo la memoria para los nombres propios y para algunas palabras, que olvido intempestivamente. Para remediarlo estoy elaborando un diccionario personal con palabras que dejé de usar y que me parecen imprescindibles por bellas, por eficaces, por oportunas. Es un diccionario de recuperación. Mire usted lo que estoy haciendo.

*

Me entrega entusiasmado una pequeña libreta manuscrita, que consulto divertido porque es un listado de palabras sin definiciones, de sustantivos y adjetivos sin significados. No es un

diccionario, es un directorio de palabras que quiere revivir sin enredarse con sus definiciones. Una tarea colegial que lo retrata disciplinado y presumido. En la A su diccionario de recuperación tiene un centenar de palabras tan disímiles como almibarado y aberrante, avilantez, arúspice, aplebeyar y advenedizo. Con la O no quiere recordar orgasmo, pero sí orgía, onomatopeya y ordalía. Con la F, filibustero, flamboyante y fúlgido. Le interesa volver a utilizar hedónico, hierofante e histriónico; lo mismo que panegírico, premonitorio y paradójico. Finaliza con escasos adjetivos y un verbo para las consonantes últimas: ufanarse, ufanía, vociferar y voluptuosidad. Para terminar con la solitaria zeta de zahumerio.

Los diccionarios son una de sus debilidades bibliográficas; en la donación que le hiciera a la Universidad hay 137 en distintos idiomas. Le preocupa la higiene del lenguaje y se ufana de ser un adjetivador meticuloso.

Para definirlo me dijeron: inteligente, culto, autoritario, sicorrígido, generoso y neurasténico. ¿Cuáles admite como válidos?

Todo eso puede ser cierto y acaso falte algo más en la lista.

¿Anacoreta o hedonista, tímido o prepotente?

– Tímido, sin duda alguna.

*Hay dos países distantes y distintos que lo marcan,
Ecuador y Alemania, ¿Qué le queda de ellos todavía?*

El Ecuador es mi segunda patria, afectiva e intelectualmente. Al Instituto Nacional Mejía, fundado por Eloy Alfaro, le debo mi apertura feliz hacia las libertades del espíritu: el auténtico liberalismo. El otro escenario intelectual –Alemania– me ofreció el colosal horizonte expandido de Kant: “Ten el valor de servirte de tu propia razón”; de Goethe: “Sólo merecen la vida y la libertad los que tienen que conquistarlas día a día”; y de Federico Nietzsche: “Lo que no me hace morir me hace más fuerte”, y mi Ludwig van Beethoven. Me estremece de júbilo su novena sinfonía. El canciller Willy Brandt –jefe del gobierno– me honró con su grata, cordial amistad. Me recibió para despedirme de regreso a Colombia y me obsequió su retrato enmarcado. ¡Qué grande personalidad del siglo XX!

¿Qué lo emociona?

Todo lo que la naturaleza humana ha creado en beneficio y satisfacción de su destino terrenal. En todo este contexto hay un “principio” sobresaliente, imponente, que domina mi concepto sobre la existencia humana: la libertad.

¿Y qué lo enoja?

Todo lo que también la naturaleza humana haya envilecido y haya de envilecer, como los despotismos y las guerras.

¿Algo lo entristece?

Sí, me acompaña tristemente la injusta suerte de las familias y seres roídos implacablemente por la miseria económica, cultural y la discriminación social.

¿Qué admira?

La inteligencia brillante y creadora. Vienen a mi mente –en tropel súbito– Aristóteles, los geniales trágicos griegos, el emperador Federico Segundo de Suabia, que al inicio del segundo milenio se le enfrentó a implacables, totalitarios pontífices, Leonardo Da Vinci, Nicolás Maquiavelo, Donato Giannotti, los filósofos liberales ingleses, Montesquieu, Beethoven, el “Catilina” de Ibsen, los atrevimientos insólitos de Nietzsche, la genial intuición de Einstein, el “If” de Kipling, el compungido micropoema del poeta ruso: “Para qué llorar las rosas cuando ya el bosque está en llamas”.

¿Qué elegiría entre anarquía y despotismo?

Cultivo un íntimo sentimiento repulsivo hacia todo lo que son autoridad y autoritarismo. Preferiría la anarquía. Y no soy el único que así también piensa.

¿Nostalgias?

No haber podido estudiar la profesión de ingeniero de ferrocarriles y carreteras de Colombia.

¿Proyectos?

Un libro en marcha sobre *Evolución político-constitucional en el siglo XX colombiano*, y una segunda edición, muy ampliada, del libro *Constituyentes y constitucionalistas del siglo XIX*. Si me alcanzaran los días, emprendería la *Teoría del Estado colombiano* de que hemos hablado tanto, para aprovechar materiales que tengo recolectados.

¿Algunas debilidades crónicas...?

La música –excepto la dodecafónica– y la poesía son como el jardín de expansión emocional de mi espíritu. Picasso me concentra y sorprende. Tengo un ídolo en el Louvre: El *Radeau de La Meduse*, de Géricault.

Confesiones e indulgencias

Calculé una entrevista de cinco o seis cuartillas, con un perfil a mano alzada, algunas impertinencias y un final amable, para compensar. Imaginé que serían suficientes dos charlas, averiguaciones y la lectura de algún texto suyo para completar la semblanza de un interlocutor que me pintaron insufrible. “Antes de terminar el mes habré terminado esta tarea”, me prometí cuando le hice la primera pregunta. Esa petulancia ya cumplió seis meses y no he podido armar un centenar de cuartillas de cintas desgrabadas, sin contar los anexos con documentos y apuntes. Parece que el profesor Restrepo Piedrahita me hubiera designado su redactor testamentario y yo hubiera aceptado complacido de tener un motivo para seguir haciéndole visita.

Me sorprendió desde el primer encuentro cuando empezó a contarme la versión dolorosa de su infancia, entre penurias y abandonos, sin omitir detalles ni referencias tristes. Me habían advertido que ese era uno de sus tantos asuntos prohibidos. Supe que había encontrado una cantera que ameritaba distinto tratamiento y comencé a esculcar en otras fuentes. Hice una lista de amigos y de críticos, de aduladores y enemigos, de profesores y discípulos, y empecé a entrevistarlos. Con esos testimonios el diálogo se amplió sin objetar indiscreciones, ni señalar territorios vedados a mi curiosidad. Ni en los momentos más difíciles, cuando la voz se le quebró, me pidió que dejara de grabar o de tomar

apuntes. No se descompone con facilidad y si decae reacciona vigorosamente, apoyado en su sentido del humor que le permite reír a carcajadas, contrariando el indicio de su cara de palo. Empezaba entonces a recuperarse de una de sus crisis emocionales más severas, cuando pensó que despertaba incómodo de una noche muy larga, para no admitir que estaba ciego. Muchas visitas se le fueron contándome el proceso de clínicas, exámenes y médicos, para concluir con los festejos cuando logró leer con lupa los abultados titulares de *El Tiempo*. Hicimos un receso cuando viajó a Nueva York a confirmar diagnósticos y buscar soluciones. Regresó entusiasmado con un ampliador de imágenes que prometieron enviarle y ahora le permite reanudar los trabajos pendientes. Nunca tuvimos una agenda precisa, en cada reunión señalábamos la próxima, descontando recreos por sus paseos internacionales y mis breves ausencias domésticas. Al regreso me hablaba de Berlín, París, Madrid o Nueva York, y yo envidioso le contaba de Cúcuta, Medellín o Cali.

Entre tareas y recreos fue creciendo mi archivo de diálogos, apuntes y textos. Cada nueva información traía los interrogantes que cambiaban el ritmo del interrogatorio: de la respuesta altanera con la voz cortante a la risueña explicación de una glosa en su trayectoria de investigador, educador y tratadista. Ese fue un tema que eludimos por extenso: sus publicaciones y proyectos editoriales. Para remendar ese vacío le pedí que escogiera las obras de que se sentía más orgulloso, y respondió sin titubeos:

“Los cinco tomos de las *Constituciones de la primera República liberal*, una labor de averiguación y consecución de veinte años escarbando documentos y archivos. Los dos primeros contienen la casi totalidad de las constituciones provinciales en el régimen de la Constitución de 1853, precedidas de un ensayo mío de 231 páginas. Los tres restantes contienen las constituciones regionales en el sistema de las Constituciones de 1858 y 1863, de los regímenes confederal y federal, con otro ensayo mío de 267 páginas. Estas constituciones habían sido ignoradas por las grandes historiadores Pombo, Guerra y Diego Uribe Vargas. El expresidente López Michelsen, en excesivo raptó intelectual, me calificó como el Momsen del constitucionalismo colombiano y durante el Simposio Internacional sobre Derecho del Estado, que se celebrara en homenaje mío, en mayo de 1993, dijera textualmente:

Profeso por el doctor Restrepo Piedrahita la misma admiración que nacionales y extranjeros han expresado en este recinto, pero con una ventaja: la de que el doctor Restrepo Piedrahita fue mi alumno en la Facultad Nacional de Derecho y posteriormente yo he sido su discípulo.

“Me enorgullece también el empeño en recordar a los principales autores colombianos de libros de derecho constitucional publicados en el siglo XIX. Lo hice en el prólogo a la reedición de la obra de Pombo y Guerra en 1986, para

conmemorar el centenario de la Constitución de 1886. Es un tema en el que sigo trabajando. Destaco por igual mi discurso de clausura del ‘Coloquio Iberoamericano de Derecho Constitucional’, en Roma, en la primavera de 1980, cuando me desempeñaba como embajador en Italia y planteé la tesis del presidencialismo latinoamericano como una modalidad de la cultura barroca de la región; que varios autores han acogido con entusiasmo”.

El sociólogo Gonzalo Cataño lo dijo con otras palabras: “El rescate de los constitucionalistas colombianos es de las contribuciones más originales de Carlos Restrepo Piedrahita. Ha sido el primero en ocuparse de los críticos y glosadores de las Cartas del siglo XIX, no sólo de los redactores, sino de los autores de los proyectos, gestores de las reformas, críticos y tratadistas de las constituciones. Es una dimensión más ambiciosa que permite la exégesis más completa del contenido y alcance de las normas, de las motivaciones y conflictos que acompañaron los acuerdos finales de la legislación. En sus obras encontramos materia de interés para otras disciplinas: la sociología, la ciencia política, la historia comparada. Los analistas de la legislación que rescata Carlos Restrepo Piedrahita eran ante todo juristas, pero se asocian con pensadores contemporáneos interesados en los problemas sociales del país”.

Con este merecido reconocimiento regreso al personaje cotidiano, al caballero liberal de impecables modales donde

conviven el erudito profesor y el inquieto estudiante, con manías de militar jubilado: riguroso, ordenado y recursivo, como su guardarropas, donde sus 15 vestidos se alinean por colores, sus sesenta corbatines por tonalidades y sus diecinueve chaquetas por combinaciones. Ahora que le fallan los ojos, una leyenda grande identifica cada una de las prendas de su vestuario: del beige intenso al negro nocturno pasando por el gris liviano, que intercala con chaquetas a rayas o cuadros, con los correspondientes zapatos, medias, camisas, corbatines y mancornas, que no desentonen con su loción para después de la afeitada.

Cuando le comenté a Camilo Calderón que el reportaje no rendía, porque mezclaba lecturas y experiencias, anécdotas y músicas, nostalgias y proyectos, me reclamó que no fuera desagradecido, que el personaje daba para un libro. Lo confirman los materiales disponibles pero no descartables que tuve que podar para dejar liviano el reportaje.

Reitero mis agradecimientos a Fernando Hineirosa, Luis Villar Borda, Jairo Rivera, Emilssen de Cancino, Sandra Morelli, Humberto Sierra y Luis Alberto Chavarro. Otros entrevistados me pidieron reserva y alguno tuvo la arrogancia de exigirme un cuestionario escrito; me negué, por supuesto, ni que fuera su confidente, descartado como está que tampoco ha sido su confesor, porque esa posibilidad se la negó él, cuando “renunció al soborno del cielo”, como dijera Stefan Zweig, para referirse a los incrédulos.

Omito confidencias de su juventud desordenada, “de sábados diuréticos y eróticos”, de sus amores y de sus matrimonios, asuntos que no considero relevantes. Otros hubieran merecido capítulo especial, como su memoria, su caprichosa soledad, su rutina ascética y disciplinada y sus chistes explícitos y antiguos.

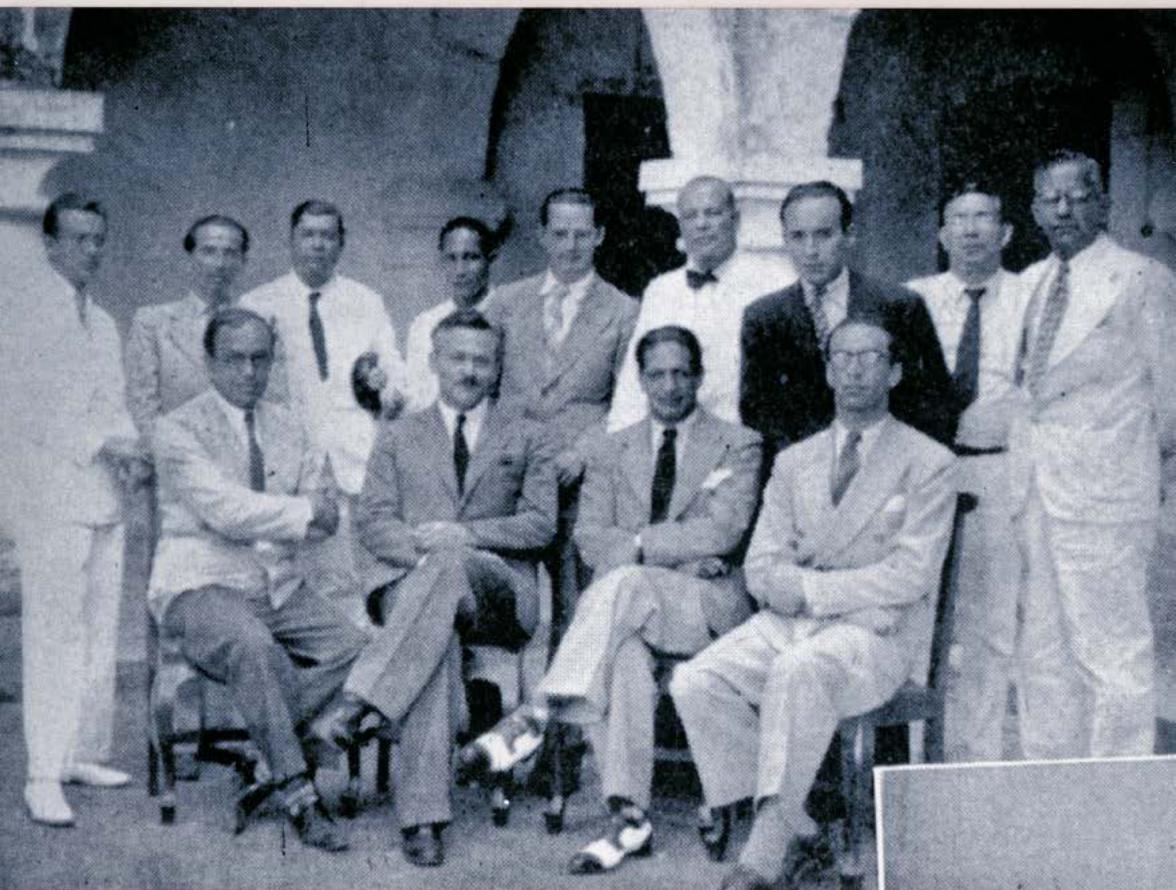
Estos capotazos son una confesión: me desafiaron con un toro de casta, y como veterano no resistí la tentación de intentar unos quites que entusiasmaran al público, sin ponerme en peligro. Una faena breve pero vistosa, sin hundir la pica ni repetir banderillas. Así es la lidia usual del reportero con personajes mansos. Si no embisten la entrevista fracasa, y se escribe pero no se publica.

Lo normal es que el toro claudique, porque lidiar es más fácil que embestir. Pocas veces al reportero lo derrota el toro. Admito que recogí el capote porque Carlos Restrepo Piedrahita sigue brioso en el ruedo, entero después de muchos tercios. A este personaje le faltó torero.

*



CON FERNANDO HINESTROSA 1999



EN 1944 CON GAITÁN (FOTO
CORTESÍA REVISTA CROMOS)



CON ALFONSO
LÓPEZ
PUMAREJO Y
ALVARO
ESCALLÓN
VILLA
1950

CON
GUILLERMO
LEON
VALENCIA Y
ROLF LAHR EN
BERLÍN 1968



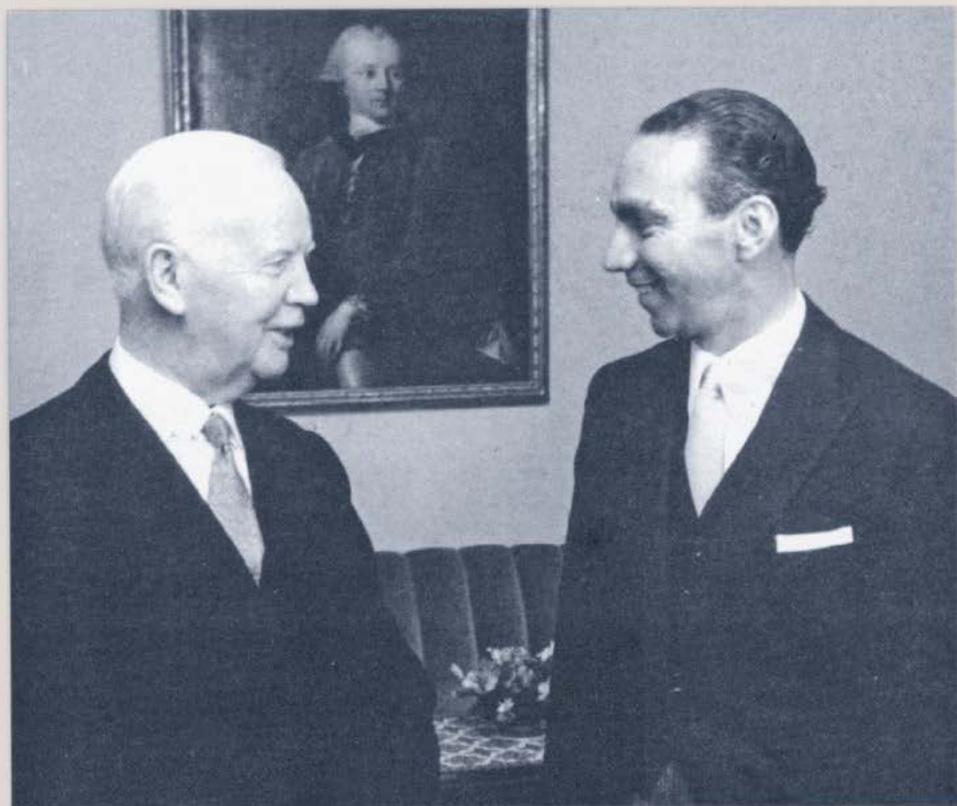
CON JULIO
CÉSAR TURBAY
AYALA EN EL
DISCURSO DE
LANZAMIENTO
DE LA
CANDIDATURA



CON ALFONSO
LÓPEZ, 60 AÑOS

CON CARLOS
LLERAS
RESTREPO EN
ROMA, 1970





CON EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
FEDERAL DE ALEMANIA, HERR LÜBKE



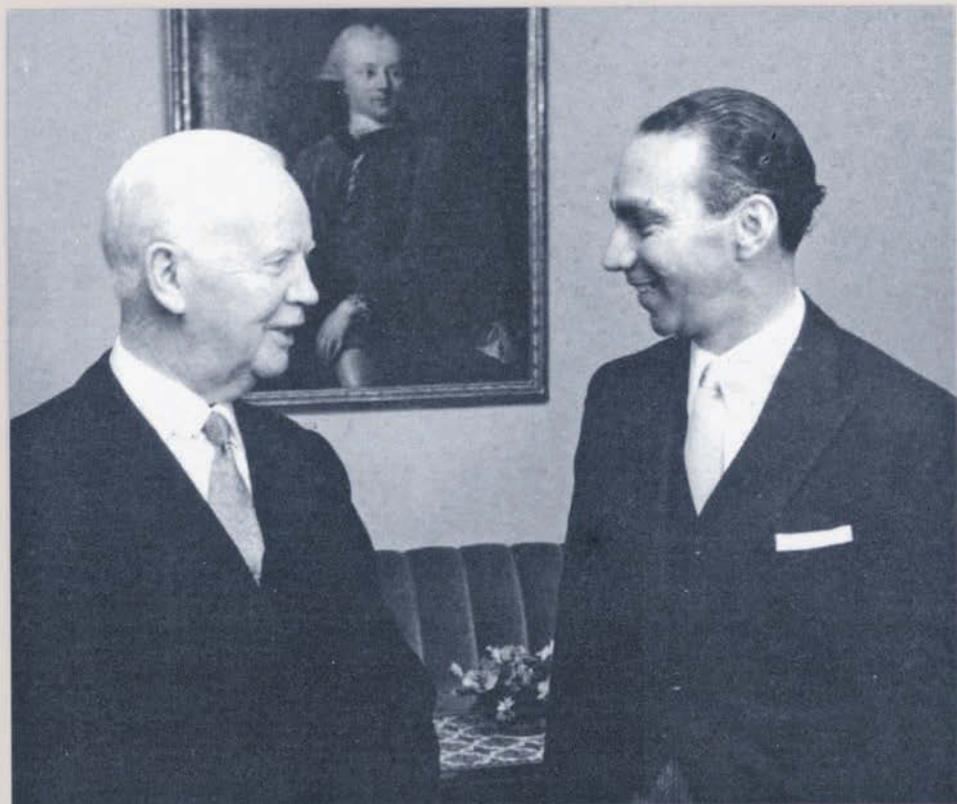
EN ACTO
CEREMONIAL DE
DESPEDIDA DE
ALEMANIA



CON LOS
REYES DE
ESPAÑA
EN ROMA
1980

CON EL PAPA
JUAN PABLO II,
EN ROMA
1982

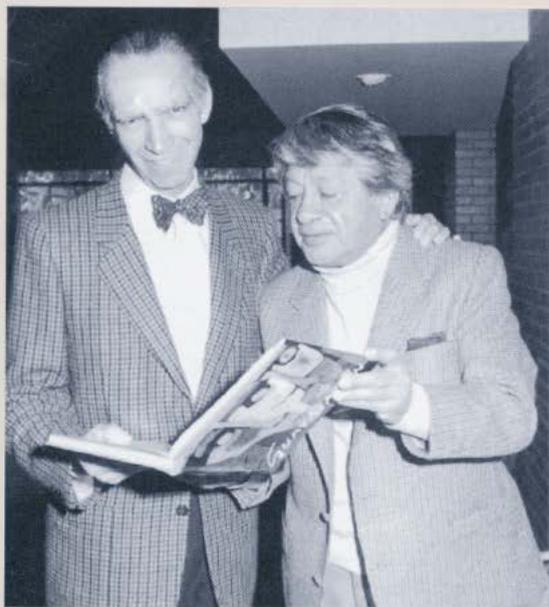




CON EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
FEDERAL DE ALEMANIA, HERR LÜBKE



EN ACTO
CEREMONIAL DE
DESPEDIDA DE
ALEMANIA



CON
GUAYASAMIN
1990



C.R.P., SEGÚN
GUAYASAMÍN, 1954



QUITO CLÁSICO
(ÓLEO DE GUAYASAMÍN)

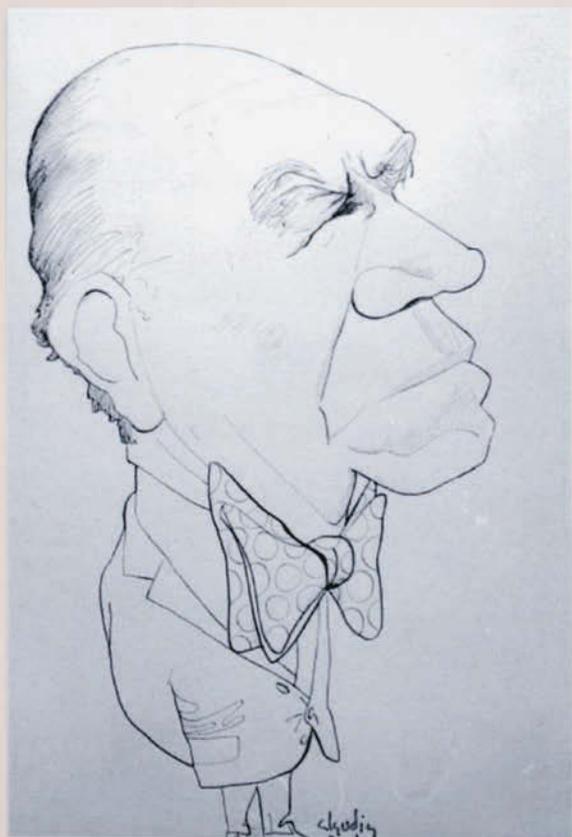
CON EL PRESIDENTE
GAVIRIA DURANTE LA
PRESENTACIÓN DEL
LIBRO «MOMENTOS
CONSTITUCIONALES»
EN 1991



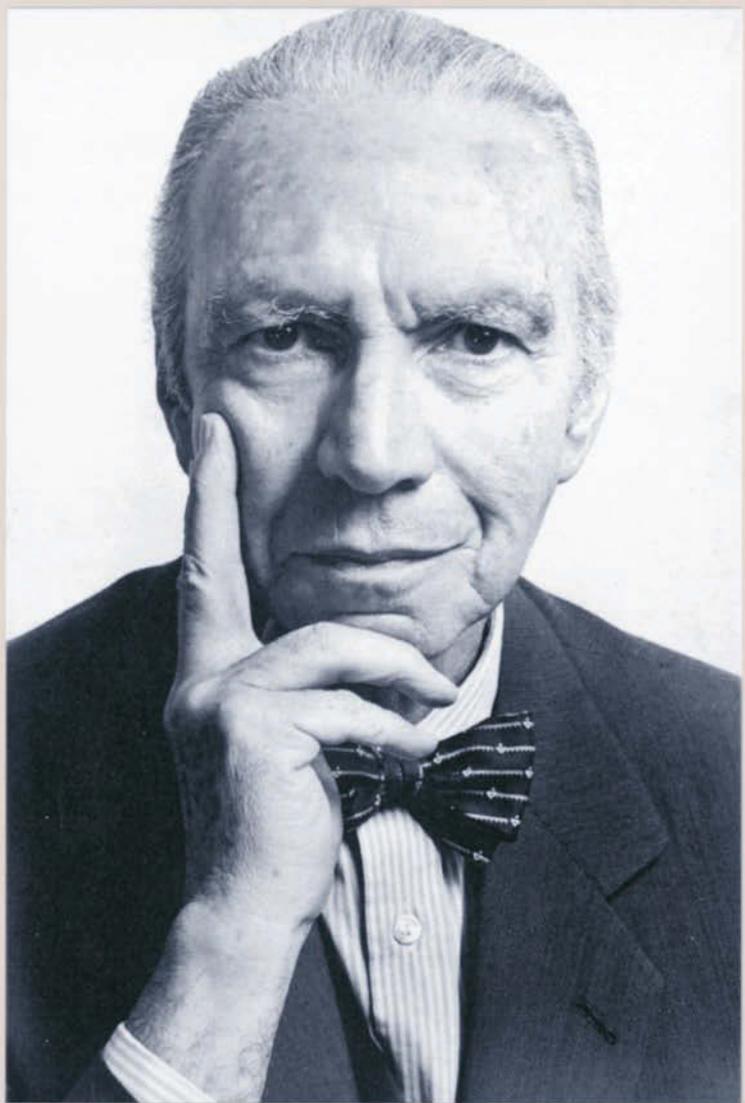
CEREMONIA DE CONDECORACIÓN CON LA GRAN CRUZ DE LA ORDEN DE BOYACÁ, EN EL SIMPOSIO INTERNACIONAL SOBRE DERECHO DEL ESTADO EN 1993. CON LA ASISTENCIA DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA CÉSAR GAVIRIA, EL VICEPRESIDENTE HUMBERTO DE LA CALLE Y LOS EX PRESIDENTES CARLOS LLERAS RESTREPO, MISAEL PASTRANA BORRERO Y ALFONSO LÓPEZ MICHELSEN



CON EL
VICEPRESIDENTE
HUMBERTO DE
LA CALLE
1997



CARICATURA POR
CLAUDIA RUEDA



CARLOS
RESTREPO
PIEDRAHITA,
1999

MIGUEL MÉNDEZ CAMACHO

(Cúcuta, 1942). Doctor en Derecho de la Universidad Externado de Colombia (1962), periodista profesional, profesor y escritor. Decano de la Facultad de Comunicación Social-Periodismo y Director del Departamento de Extensión Cultural de la Universidad Externado de Colombia (1991 a la fecha). Actualmente ocupa la presidencia de la Asociación Colombiana de Facultades de Comunicación Social y Periodismo –Afacom–.

Ha sido Secretario de Gobierno y Alcalde encargado de Cúcuta (1963), Juez Municipal y Juez Superior (1965-1968), fundador y director del Instituto de Cultura del Norte de Santander (1969) y primer subdirector del Instituto Colombiano de Cultura –Colcultura– (1970), Ministro Consejero de la Embajada de Colombia en Argentina (1983-1988) y gerente de Procultura (1990).

Ha dirigido talleres de poesía en la Casa Silva y en la Universidad Externado de Colombia y ha publicado cuatro libros de poemas incluidos en la antología *Desencantos y cantos* (Universidad Externado de Colombia, 2003), dos libros de crónicas, artículos y reportajes, que condensa y amplía en *La alegría de escribir* (Universidad Externado de Colombia, 2003) y tiene en prensa su novela *Malena* (Editorial Alfaguara, 2003).



Editado por el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia en abril de 2003.
Edición conmemorativa del octogésimo séptimo aniversario
del profesor y constitucionalista Carlos Restrepo Piedrahita

Se compuso en caracteres Electra LH Regular de 12 puntos
y se imprimió sobre papel propalcote de 115 gr, Kimberly Tradition
de 90 gr y Kimberly Columns de 216 gr con un tiraje de 500 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Post Tenebras Spero Lucem

